



Los motivos del sinarquista. La organización y la ideología de la Unión Nacional Sinarquista

The reasons for the sinarquista. The organization and ideology of the National Union Synarchists

José Gustavo González Flores
Seminario Diocesano de Morelia/El Colegio de Michoacán
(minerito3@hotmail.com)

Resumen: La Unión Nacional Sinarquista (UNS) nació con un doble fin: 1) seguir los lineamientos de la *Rerum Novarum*, de León XIII, sobre la participación de los católicos en la política, y 2) hacer frente a los embates secularizantes del gobierno posrevolucionario mexicano. Esta agrupación reunió, principalmente, a los campesinos católicos comprometidos y aquellos que no se beneficiaron con el reparto agrario. La ideología del sinarquista promovió los valores católicos y atacó a los principales detractores de la iglesia romana a nivel mundial y nacional tales como el comunismo, el liberalismo protestante, la revolución y sus secuelas. A través de la doctrina sinarquista impresa y algunos testimonios orales de sinarquistas michoacanos se concluye que la iglesia aprovechó sus base social para cuestionar al Estado mexicano sin participar directamente.

Palabras clave: Sinarquismo, Unión Nacional Sinarquista, iglesia, movimientos católicos, Michoacán.

Abstract: The National Synarchist Union (UNS) was born with a dual purpose: 1) follow the guidelines of the *Rerum Novarum* of Leo XIII, on the participation of Catholics in political, and 2) to face the onslaught secularizing the Mexican post-revolutionary government. This group brought together Catholic peasants and those who did not benefited from land distribution. Sinarquista ideology promoted Catholic values and attacked the main opponents of the Roman Church at global and national level such as communism, Protestant liberalism, revolution and its aftermath. Through the printed sinarquista doctrine and some oral testimonies of Michoacan sinarquistas, we conclude that the Church took its social basis for challenging the Mexican state without participating directly.

Keywords: Synarchism, Sinarquista National Union, Church, Catholic movements, Michoacán.

Fecha de recepción: 23 de julio de 2014 Fecha de aceptación: 12 de noviembre de 2014

Culturales
Época II - Vol. III - Núm. 1 / enero-junio de 2015
ISSN 1870-1191





José Gustavo González Flores

Mexicano. Doctor en historia por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, A.C., maestro en historia por el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán, A.C. y licenciado en historia por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Actualmente se desempeña como profesor de historia y ciencias sociales en el Seminario Diocesano de Morelia y como auxiliar de investigación en El Colegio de Michoacán, A.C. Su área de investigación está enfocado en historia social y demográfica de Michoacán y México, siglos XVI al XIX. Entre sus publicaciones más recientes destacan: “Breve acercamiento a la municipalización de los espacios indígenas del oriente de Michoacán”, en C. Paredes y J. Amós Martínez (coords.), ... *alzaban banderas de papel. Los pueblos originarios del oriente y la tierra caliente de Michoacán*, México, CDI, 2012; “Consecuencias demográficas y rutas de propagación de las epidemias en Taximaroa”, en M. Magaña (coord.), *Epidemias y rutas de contagio en la Nueva España borbónica* (pp. 147-177), México, Universidad Autónoma de Baja California, 2013; y “Mestizos españolizados o españoles amestizados en Taximaroa 1745-1770”, en D. Carbajal (coord.), *Familias pluriétnicas y mestizaje*, México, Universidad de Guadalajara (en prensa).





Introducción¹

Para doña Adelina Boyzo González, mujer sinarquista de las décadas de 1950 y 1960, el sinarquismo había sido un movimiento muy grande de gente católica que luchaba para que no se propagara el “comunismo” en México. Esta respuesta era por demás sencilla, pero a la vez muy iluminadora, ya que en ella se revelaban varias características del sinarquismo: movimiento masivo de inspiración católica y de ideología anticomunista.

Para los sinarquistas como doña Adelina, este movimiento había sido una etapa importante de su vida donde el catolicismo social reaccionaba ante los embates secularizantes del gobierno. Por estas razones se estudia, más que la Unión Nacional Sinarquista (UNS), a los sinarquistas, su organización e ideología, tratando de entender el movimiento tal como lo percibió el sinarquista común y corriente de los estratos bajos.

El objetivo de este estudio es analizar las principales ideas que inspiraron el movimiento social católico denominado Unión Nacional Sinarquista (UNS) y la propagación de ellas entre sus miembros. Se advierte que este trabajo no tiene la intención de dar seguimiento a cada una de las etapas del sinarquismo, ni siquiera hace mención de los dirigentes —a excepción de Salvador Abascal—. Tampoco se trata de la historia política o social del sinarquismo; sólo se pretende hacer un acercamiento a los valores que inspiraron a miles de seguidores a integrarse al movimiento sinarquista en las décadas de 1940 y 1950, cuando el movimiento alcanzó mayor auge.

Para observar la recepción de la doctrina sinarquista entre sus miembros, se utilizan algunos testimonios de sinarquistas y sus descendientes oriundos de Michoacán, específicamente del subcomité rural de la Mina, municipio de Ciudad Hidalgo (véase figura 1).

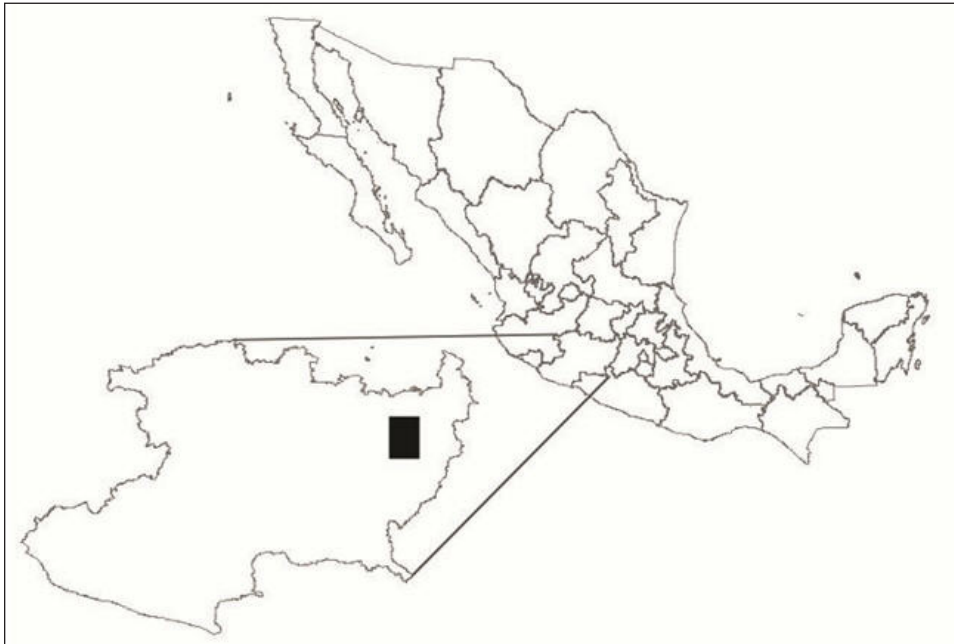
El trabajo se divide en tres partes. En la primera se hace un breve análisis sobre los antecedentes del sinarquismo y el contexto en el que surgió. La finalidad de este apartado es entender a la UNS como un grupo de acción católica que emana como respuesta a dos situaciones: la primera era responder a los añejos mandatos de la *Rerum Novarum*; la segunda, hacer frente al contexto mexicano revolucionario que restringía los intereses de la iglesia.

¹ Hago un agradecimiento especial a la Dra. Verónica Oikión Solano, quien alentó la investigación de este tema.





Figura 1. Ubicación del municipio de Hidalgo, Michoacán, México



Fuente: Elaboración propia.

En el segundo apartado se aborda la organización de la UNS, y en él se incluyen algunos datos sobre el número de integrantes, organización espacial, gobierno y actividades cotidianas de los sinarquistas. En este apartado se quiere resaltar la importancia de la organicidad del movimiento para entender su efectividad y su mentalidad casi militar que emula los métodos fascistas de organización.

Finalmente, en el tercer capítulo se resumen los principales puntos de la ideología sinarquista, que incluye dos aspectos antagónicos: primero, los valores propagados, tales como la conducta estoica, el nacionalismo, la propiedad privada de la tierra y la educación religiosa; y segundo, los factores que combatía, tales como el comunismo, la revolución y el liberalismo protestante “yanqui”.

En cuanto a las fuentes de esta investigación, se pueden clasificar en dos categorías: las primarias, que son entrevistas a ex sinarquistas, manuales y discursos oficiales de la UNS. Las secundarias son publicaciones que estudian la historia del sinarquismo. A estas obras podemos clasificarlas de acuerdo con el año que publicaron. La obra más antigua a la que se accedió fue la obra de Gill (1962), llamada *Sinarquismo. Su origen, su esencia, su misión*. En 1979 sale a la luz *El*





sinarquismo: ¿un facismo mexicano? 1937-1947, de Meyer. De la década de 1980 accedimos a dos obras y una tesis de licenciatura; la primera obra es del polémico Salvador Abascal (1980), y la segunda de los historiadores Zermeño y Aguilar (1988). La tesis es de Escamilla (1985), y habla sobre el sinarquismo en Michoacán. En la década de 1990, la obra de Serrano (1992), titulada *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el bajío*, fue la más sobresaliente. Después del año 2000 recurrimos a tres obras: la de Meyer (2003), *El Sinarquismo, el cardenismo y la Iglesia*; la de Hernández (2004), *Historia política del sinarquismo 1934-1944*, y la tesis doctoral de Rodríguez (2011), titulada *Mujeres sinarquistas en México. Historia de una militancia católica femenina (1937-1948)*.

Contexto del movimiento de la unión nacional sinarquista

Antecedentes del sinarquismo

Hay dos características que se deben tomar en cuenta para comprender al sinarquismo: primero, fue un movimiento social católico; y segundo, se trató de una fuerza social antirrevolucionaria. Sobre lo primero destacamos que el sinarquismo es una asociación emanada del espíritu de la *Rerum Novarum* en la que León XIII incitó la creación de asociaciones sociales de laicos. En cuanto a lo segundo, el sinarquismo surge en el contexto mexicano como una fuerza contraria al orden que buscaba establecer la facción ganadora de la revolución mexicana que destacaba la subordinación de la iglesia al Estado. En síntesis, para entender el contexto de la UNS, hay que tener en cuenta estos dos aspectos.

La UNS, vista como un movimiento social católico, se inscribe dentro de los grupos de laicos católicos que buscaban, desde la movilización social, lograr la restauración del orden dentro de la cual la iglesia y la religión volvieran a tener presencia en la organización sociopolítica del país. El primer impulso para la organización de estos grupos católicos la había dado el papa León XIII en su encíclica *Rerum Novarum*, en el año de 1891. En los apartados 34 al 39 de su encíclica, el pontífice hablaba de la formación de asociaciones para apoyo mutuo entre los trabajadores, cuya organización debía tener como características principales el amor y la obediencia a Dios y a la iglesia mediante el respeto a los días festivos y la asistencia a los sacramentos.

De modo que cada uno conozca sus obligaciones para con Dios; que sepa lo que ha de creer, lo que ha de esperar y lo que ha de hacer para su salvación eterna; y se ha de cuidar celosamente de fortalecerlos contra los errores de ciertas opiniones y





contra las diversas corruptelas del vicio. Ínstese, incítese a los obreros al culto de Dios y a la afición a la piedad; sobre todo a velar por el cumplimiento de la obligación de los días festivos. Que aprendan a amar y reverenciar a la iglesia, madre común de todos, e igualmente a cumplir sus preceptos y frecuentar los sacramentos, que son los instrumentos divinos de purificación y santificación. (http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html).

La *Rerum Novarum* surgía en el contexto en el que la doctrina liberal decimonónica implantaba paulatinamente la secularización del orden social, que provocaba la separación iglesia-Estado, lo religioso de lo civil.

A través de la encíclica, el pontífice buscaba impulsar un movimiento demócrata-cristiano que adoptara métodos de propagación política y social mediante la organización de la población católica en sindicatos obreros, patronales y movimientos de juventudes católicas. Por medio de estos grupos, se lograría tener influencia en la opinión pública sobre la vida espiritual, social y económica (Pirenne, 1972).

En cuanto a lo doctrinal, la encíclica hacía a un lado los aspectos metafísicos para definir al catolicismo como una religión de salvación, una religión más encarnada en la realidad. El catolicismo asignaba al hombre un papel en la “Creación” y establecía un vínculo entre las actividades de toda índole (no sólo espiritual), ofreciendo un completo sistema del universo, de la moral y del pensamiento al hombre del siglo XX.

En lo intelectual, desde las apreciaciones León XIII, la iglesia dio nueva vida a la filosofía tomista, y en el terreno social buscó dar al catolicismo un programa doctrinal. En lo político, intentó la organización de los partidos católicos para que el catolicismo volviera a ser guía de las naciones (Pirenne, 1972) utilizando los medios institucionales.

En resumen, el resurgimiento de la iglesia intentaba abandonar el bagaje medieval en búsqueda de adaptarse a los nuevos tiempos. El método utilizado fue renovar los objetivos sin perder su esencia y doctrina. Para ello presenta nuevos argumentos y nuevas propuestas.

A inicios del siglo XX, con todo lo mencionado, la iglesia intentó recuperar gran parte de su influencia perdida con la laicización de los Estados en los siglos XVIII y XIX.

La UNS, como antirrevolucionaria, era un movimiento de resistencia contra la organización sociopolítica que pretendía instaurar el bloque triunfante de la revolución mexicana. Entre lo que más se fustigaba en la UNS era la subordinación de la iglesia al Estado y la preeminencia o predilección del orden civil sobre el religioso





católico en cada una de las esferas de la sociedad. Dichas medidas pro secularizantes, y, por tanto, antirreligiosas, tenían sus antecedentes inmediatos en las leyes de la *Constitución de 1917*, y se habían prolongado hasta el cardenismo.

Después del triunfo de los carrancistas, fue promulgada la *Constitución de 1917* en la que la iglesia debió hacer frente a unos constituyentes en extremo jacobinos. La *Constitución* postuló medidas que buscaban la sujeción de la iglesia al Estado. De entre las más sobresalientes se encontraban: el artículo 3º, que prohibía las escuelas particulares católicas; el artículo 130, que prohibía a los ministros intervenir en política, y el artículo 27, que declaraba a los edificios religiosos propiedad de la federación, intervenía las propiedades de la Iglesia, etcétera (Moctezuma, 1960).

Plutarco Elías Calles, por su parte, mostró su aversión a la iglesia romana (Meyer, 1991), manifestada en el intento de crear una iglesia cismática mexicana y nacionalista, prescindiendo de Roma y de la jerarquía. Esta iglesia sería presidida por el padre Joaquín Pérez, que se hacía llamar el “Patriarca”. Toda esta idea de la iglesia mexicana planeada en 1925 por Luis N. Morones y avalada por Plutarco Elías Calles fracasó (Medina, 1960).

Posteriormente, el Estado callista y la iglesia volvieron a chocar, ahora en el terreno de la legislación. La ley Calles (1926) consideraba como delitos de derecho común las infracciones en materia de culto, y obligaba a los sacerdotes a registrarse ante el ministerio de Gobernación para poder ejercer. Estas medidas desencadenaron el descontento en el clero, ya que éste no estaba dispuesto a ceder ante las intenciones de Calles de subordinar el clero al Estado (Meyer, 1989).

En resumen, Meyer define a los gobernantes posrevolucionarios: “había (en ellos) una violencia y un sectarismo muy moderno acrecentado por la inexperiencia política y la personalidad [...] hombres del norte, blancos, marcados por la frontera norteamericana, desconocedores del viejo México mestizo indígena y cristiano” (Meyer, 1989). Tanto el anticlericalismo de los hombres de Estado como la intransigencia de los hombres de la iglesia provocarán una lucha armada llamada guerra cristera.

El movimiento cristero, sin embargo, debe entenderse como una movilización que por momentos o casi siempre fue ajena a la jerarquía de la iglesia, ya que los obispos ponderaban las vías pacíficas por encima del camino de las armas. Meyer menciona que la guerra fue una sorpresa para el Estado, para la iglesia y, en buena parte, para ciertos jóvenes militantes católicos que, desde entonces, soñaron con tomar el poder por la fuerza (Meyer, 1989).

A pesar de lo anterior, Servando Ortoll (1990) y Rosalba Ríos Galindo (2003) señalan que aunque de derecho la iglesia no apoyó el movimiento cristero, de he-





cho sí lo apoyó como elemento de presión al momento de las negociaciones con el gobierno.

La cristiada, como la llama Meyer, culminó cuando los obispos y el gobierno decidieron firmar unos “arreglos” en 1929. En dichos acuerdos, la ley no se modificaba, pero si se suspendía su aplicación (Blancarte, 1992) se garantizaba amnistía a los combatientes, así como la restitución de iglesias y presbiterios.

Reanudado el culto se hicieron repicar las campanas en todo el país y los cristeros volvieron a sus casas. Con estos arreglos se entendía que los posteriores alzamientos (1929-1936) de los cristeros no tendrían nada que ver con la iglesia (Meyer, 1991).

La gran derrota de estos arreglos no la sufrió el Estado ni la jerarquía eclesiástica, sino los cristeros combatientes que nunca se les tomó en cuenta en los acuerdos. Esta derrota mantuvo latente, en la década de 1930, nuevas movilizaciones de grupos católicos, como la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, que operaba en la clandestinidad.

Con el gobierno de Lázaro Cárdenas, las fricciones entre la catolicidad y el Estado continuaron estando al día. Dos son los elementos de choque: el primero fue la implementación de la educación socialista en 1934, la cual representaba para la iglesia una supuesta “sovietización” del país para acabar con la influencia de la iglesia católica en México (Meyer, 2003).² La respuesta de la iglesia fue de rechazo absoluto hacia tal modelo de educación. El segundo elemento de choque fue en el terreno de lo social. En dicho escenario, la iglesia justificaba su presencia como regulador moral y buscaba detener el obrerismo y el agrarismo de Cárdenas rechazando la visión antagonista de las clases, que era de supuesta extracción marxista y que al parecer era avalada por Cárdenas (Blancarte, 1992), además de la colectivización de la tierra (reparto en ejidos).

Para ese entonces, los católicos, decepcionados de los movimientos armados y arregados por las encíclicas papales de *Quadragesimo Anno* y *Divini Redemptoris*, fueron planeando la estrategia para actuar ante los embates del Estado mexicano secularizante. La conciliación con el gobierno y la presencia social activa, por medio de asociaciones católicas, serán dos partes fundamentales de la nueva estrategia. La combinación de dichos elementos dio como resultado que la iglesia

² Héctor Hernández menciona en su obra que con la educación socialista Lázaro Cárdenas buscaba erradicar la evangelización que había sido el método de supervivencia de la iglesia, sin embargo, esto no es del todo cierto, ya que la educación socialista tuvo muchas consecuencias y variados objetivos, sobre todo, la idea era redimir a las clases más desprotegidas del embate del clero político y de los oligarcas (Hernández, 2004).





jugara un papel de “acción indirecta”, es decir, la institución eclesiástica reconocía su poder indirecto por las cosas temporales, en cuanto que éstas están al servicio de lo espiritual y la salvación del hombre.

En conclusión, los antecedentes de la UNS pueden ser vistos desde dos perspectivas. Primero, como la estrategia global de la iglesia vaticana, que con la *Rerum Novarum* de 1891 y las dos encíclicas de las década de los treinta del siglo XX arriba señaladas, intentaba reorganizar sus fuerzas, en especial las del laicado ante el mundo cambiante. Dicha tarea fue encomendada por Pío XI a los jesuitas, y el instrumento de lucha fue la acción católica. Segundo, como estrategia local de la iglesia en México, que respondía a los embates anticlericales de la revolución mexicana y que no aceptaba la derrota de la iglesia en los planos político y legal (Zermeño y Aguilar, 1988).

El nacimiento del sinarquismo

El antecedente inmediato del nacimiento de la UNS lo encontramos algunos años después de los “arreglos del 29”, cuando la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, principal organismo que había apoyado la guerra cristera, volvió a constituirse. A pesar de que la liga desapareció en 1933 debido a la falta de apoyo moral de la jerarquía, Romo de Alba fundó “las Legiones”, las cuales emanan de la acción católica y tienen como finalidad el apostolado social más que la lucha partidista.

Las legiones, conocidas también como la Base, se organizaron por secciones, así, por ejemplo, la sección uno era la sección patronal; la dos era la obrera; la tres era la campesina, y la once era la sinarquista (Zermeño y Aguilar, 1988).

En este contexto, la UNS se funda formalmente en el año de 1937 como la decimoprimer sección de la Base o legiones, a petición del líder de la división de Guanajuato, José Antonio Urquiza, quien decía que ya había operado públicamente en León como una asociación cívica conocida como el Grupo León.

El nombre de la nueva agrupación fue idea del líder de la división de San Luis Potosí, Ceferino Sánchez, que lo extrajo de los vocablos *syn=con* y *arje=autoridad, orden*, es decir, “con orden”. La palabra sinarquismo era el antónimo de “anarquismo” que los católicos miraban en las políticas del liberalismo decadente y del “comunismo ateo” de Cárdenas. Finalmente, Salvador Abascal llamó al movimiento Unión Nacional Sinarquista (Hernández, 2004).

Aunque más adelante profundizaremos en la ideología sinarquista, nos parece importante señalar que el principio adoptado por el sinarquismo, desde su nacimiento, era el cristianismo en su auténtica concepción católica, es decir, la demo-





cracia cristiana bajo Dios, primero, y luego bajo un Estado que fuera temeroso de Dios (Hernández, 2004). En general se pretendía, como lo menciona Meyer, restaurar la sociedad cristiana, yendo más allá de la libertad religiosa para lograr la modificación de la sociedad moderna (Meyer, 2003) en aras de lograr una sociedad y un Estado que se rigiera de acuerdo con los principios cristianos.

Organización de la UNS

Los integrantes

Como señalan Meyer (2003), Hernández (2004) y Serrano (1992), el movimiento sinarquista se expandió rápidamente, sobre todo entre la población campesina. Los integrantes de la UNS llegaron a ser en 1940, de acuerdo con cifras ofrecidas por Meyer (2003), un total de 310 365 miembros, que representaban 0.2% de la población total de México. Hernández (2004) menciona que los sinarquistas en su mayor auge alcanzaron la cifra de 600 000.

Por lo general, los sinarquistas eran campesinos jornaleros, medieros y algunos pequeños propietarios, aunque se tiene noticia de que en las filas de la UNS hubo ejidatarios, comerciantes, artesanos y obreros (Meyer, 2003). En el caso del municipio de Ciudad Hidalgo, por ejemplo, casi tres cuartas partes (72%) de la población económicamente activa se dedicaban a la agricultura y a la ganadería,³ por tanto, la mayoría de los sinarquistas tenían estos oficios. Los datos aquí referidos nos dan noticia de la cantidad y cualidad de los alistados en el movimiento, el cual aglutinó una gran cantidad de masas populares que más de una vez pudo haber causado admiración entre los observantes de fuera.⁴

De esa cantidad de militantes, los estados del centro-occidente de México — entre los que se encuentran Jalisco, Guanajuato, Querétaro y Michoacán (región Bajío) (Serrano, 1992)— aglutinaron la mayor cantidad de efectivos. En el caso de Michoacán, por ejemplo, Meyer tiene registro de que había alrededor de 85 000 sinarquistas entre 1940 y 1943, lo que representaría alrededor de 7% del total de la población estatal de 1940. Sin embargo, la cifra de Meyer contrasta drásticamente con la de Roxana Rodríguez, que basándose en el censo de la UNS realizado en

³ La población económicamente activa del municipio de Ciudad Hidalgo alcanzaba la cifra de 9 799 individuos; de éstos, 7 031 eran agricultores o ganaderos. (http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1940/yuc/EUM6CPMICH40I.pdf).

⁴ Meyer señalaba que Cárdenas quedó sorprendido ante una manifestación de sinarquistas en Celaya, y declara al sinarquismo como una doctrina social y humana. (Meyer, 1979, p. 36).





1940 por la dirección de estadística de la organización, encontró que Michoacán concentraba sólo 17 675 sinarquistas, siendo el estado con más militantes sinarquistas de todos los lugares donde este movimiento existió (Rodríguez, 2011a, p. 168); esto representaría 1% del total de la población michoacana de acuerdo con el censo de 1940.⁵

Organización espacial y gobierno

En cuanto a la organización espacial, la UNS, expandida a lo largo de la república mexicana, se repartía en seis divisiones: norte, sur, sureste, noreste, centro y valle de México. Cada una de las divisiones se subdividía en comités regionales que generalmente coincidían con cada uno de los estados de la federación. Las divisiones se organizaban en distritos que incluían varios municipios, y éstos estaban fraccionados en municipios que concordaban con los municipios de la división política. En las zonas rurales, los sinarquistas se dividían en subcomités, y de la misma manera ocurría en las zonas urbanas. Las células menores de los sinarquistas eran las conformadas por barrios y colonias (Unión Nacional Sinarquista, 1958).

En 1941, en el caso de Michoacán, había un comité regional y 23 comités municipales; la mayoría de ellos se encontraban en la franja norte del estado. Cada uno de estos comités albergaba un gran número de subcomités rurales y urbanos; por ejemplo, al de Ciudad Hidalgo se sujetaban 35 subcomités, y al de Pátzcuaro, 40. En total, el número de subcomités de Michoacán eran 325 (Serrano, 1992).

En cuanto al gobierno, a escala nacional había un comité que lo conformaba el jefe nacional y un puñado de hombres escogidos entre los jefes regionales. En el siguiente escalafón se encontraba el comité regional, que era responsable de una zona, la cual, por lo general, coincidía con cada uno de los estados de la república mexicana. A nivel municipal había un comité que estaba conformado por comisiones, como el que se presentan en el cuadro 1.

Finalmente, en el ámbito local, los sinarquistas se organizaban en subcomités que operaban en cada una de las rancherías, o en colonias y barrios, si se trataba de una zona urbana. Estos subcomités eran regidos por un jefe, un secretario y un tesorero. Dichos cargos operaban de manera similar que los de los comités municipales.

⁵ Las cifras del censo del estado de Michoacán de 1940 señalaban que dicha entidad contaba con 1 182 003 habitantes. (http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1940/yuc/EUM6CPMICH401.pdf).





Cuadro 1. Cargos y funciones de los comités municipales sinarquistas

| CARGO | FUNCIÓN |
|---|---|
| Jefe municipal | Hace aplicar las consignas del comité regional. Dirige y coordina las actividades de las demás secciones. Dirige las asambleas y promueve la creación de comités rurales. En casos urgentes, es el encargado de conectarse con el comité nacional. |
| Secretario | Es responsable de la correspondencia, de los archivos y de todos los documentos del comité. Lleva las actas de las sesiones del comité reducido. |
| Tesorero | Recoge la cotización semanal que cada militante se ha fijado voluntariamente de acuerdo con sus posibilidades. Dichos fondos se destinan para comprar banderas, ayudar a una viuda, financiar la colonización de Baja California. De las cotizaciones, 60% es para el comité local, 35% para el comité regional, y 5% para el nacional. |
| Responsables de propaganda | Se encarga de expandir de forma oral o escrita los dos textos fundamentales de los sinarquistas: "Los 16 puntos" y el "Pentálogo sinarquista". La propaganda se halla estrictamente controlada por la jerarquía. Además de la propaganda oral y escrita, se agrega la asamblea pública, la manifestación, etcétera. Cada semana se envían a la capital las consignas del momento. |
| Secretario de organización y de estadística | Divide al poblado en barrios y sectores con un responsable, con la finalidad de movilizar rápidamente a todos los militantes en caso de asamblea o manifestación. Responsable del conteo de los militantes y de repartir las comisiones. Organiza las marchas mandadas hacer por el jefe del comité municipal, y ése, a su vez, por el nacional. |
| Secretario de acción juvenil | Responsable de las juventudes sinarquistas y de los niños. |
| Secretaria de la acción femenina | Con las mismas funciones que el jefe municipal y con el mismo número de secretarías. |

Fuente: Elaboración propia a partir de Meyer (1979).

Para el sostenimiento del dicho movimiento, tanto Meyer como Hernández afirman que era obligación de los propios integrantes sostener la agrupación. A pesar de que corría el rumor de que la UNS recibía presupuesto de las falanges españolas, los autores mencionados desmienten tales afirmaciones señalando que, en general, el movimiento sinarquista contó con limitados medios obtenidos de los raquíticos bolsillos de los sinarquistas, del periódico *El Sinarquista* y de la revista *Orden*.

Actividades y modus vivendi del sinarquista

La vida de un sinarquista estaba marcada por la acción. Su actuación se puede resumir en dos actividades: primero, asistir a las reuniones o "sinarquizadas", desde





el nivel local hasta el nacional; y segundo, participar en las movilizaciones, protestas, procesiones y mítines. Tanto las reuniones como las movilizaciones de la UNS estaban debidamente planeadas y se efectuaban en completo orden.

Las reuniones, que por lo general eran semanales, eran preparadas por los secretarios de organización y propaganda, quienes establecían un horario, elegían a los oradores y los temas a tratar. Una vez iniciada la asamblea, se escuchaba con atención a los dirigentes y luego a los oradores. Por ningún motivo se discutían las ideas ni mucho menos se sometía a votación las decisiones y consignas (Meyer, 1979). Para tomar acuerdos se basaban en los principios del movimiento; no se debía caer en politizaciones, pues la verdad era una e inmutable, es decir, no había lugar para la transigencia y el diálogo, ya que la doctrina sinarquista, como la religión, era para acatarse, no para rebatirse.

J. Jesús Pérez Acosta, jefe del comité municipal de Ciudad Hidalgo, ilustra claramente las aseveraciones anteriores cuando describe algunos pormenores de la asamblea llevada a cabo en el subcomité del Caracol el 9 de junio de 1940. En dicha reunión, Pérez Acosta relata que al comienzo de la asamblea:

[...] se dio hasta donde nos fue posible la doctrina de este movimiento y las consignas de nuestro jefe superior [...] En seguida pidió la palabra un fogoso joven, que animado de ver tanta bandera y la “limpieza de esta Unión”,⁶ habló directamente a los jóvenes diciendo que allí estaba el camino que debían seguir y que él estaba dispuesto a trabajar aunque le costara la vida [...] Dimos fin a la asamblea con el saludo sinarquista y cantando el himno nacional, y para terminar el programa, di mis órdenes para un desfile desde el Caracol hasta San Antonio [...]. (Meyer, 1979).

Ese mismo día, pero en la tenencia vecina de San Antonio, Pérez Acosta relató la manera como se llevó a cabo la asamblea en dicha comunidad. La reunión inició con el tema de la “revolución y la política”; luego habló un señor “alabando la limpieza del movimiento de la UNS y de que si esa organización no triunfaba ninguna lo haría”. Agrega, además, que estaba dispuesto a dar la vida por el movimiento. Pérez culmina el relato de esta asamblea diciendo que el número de sinarquistas asistentes no eran menos de dos mil.

En los testimonios de Pérez Acosta encontramos tres elementos integrantes de las asambleas sinarquistas: primero, se instruía a los asistentes con la doctrina y

⁶ Cuando se habla de la “limpieza de esa Unión”, el autor sinarquista quiere resaltar que los valores que caracterizaban a los integrantes de la UNS eran la integridad y honradez sin fines de lucro.





principios sinarquistas; segundo, se daba la palabra a un orador para que animara a los presentes por medio de retórica, y tercero, se hacía el acto protocolario del saludo sinarquista⁷ y el himno nacional, acompañado de algunos señalamientos y órdenes del jefe. En pocas palabras, la finalidad de las asambleas era instruir y motivar a los sinarquistas.

Si profundizamos la reflexión en torno a estos testimonios —no perdiendo de vista el destino que tenían estas descripciones (ser publicadas en fuentes impresas de divulgación)—, encontramos un doble objetivo: en primer lugar, el de informar a la UNS y sus simpatizantes de lo realizado en las distintas regiones y comités sinarquistas. El segundo objetivo era alentar a los lectores a unirse a la UNS siguiendo el ejemplo de los oradores, que daban incluso la vida por el ideal sinarquista.

Además de las asambleas, otra actividad de los sinarquistas era organizar movilizaciones. Éstas, por más pequeñas que fueran, debían hacerse con el debido permiso del jefe del comité regional. En la organización de las manifestaciones estaba planeado desde el transporte que llevarían a los contingentes al lugar del evento (cabe resaltar que cada quien pagaba su pasaje), hasta la hora en la que debían congregarse y luego disgregarse. Antes de la gran congregación en masa, se les citaba en lugares cerrados y, organizados en escuadrones, se iban incorporando a las filas de la movilización. Una vez conformados los contingentes de la manifestación, sólo hablaba el jefe y estaba totalmente prohibido gritar “Muera”, únicamente era permisible “Viva México”, cuando el jefe invitaba a hacerlo. Obviamente estaba censurada la portación de armas de cualquier tipo. La disciplina era tal, que cuando la bandera de México o la sinarquista iban desplegadas, estaba prohibido usar el sombrero o comer (Meyer, 1979).

Uno de los principales motivos de la movilización de los sinarquistas, aunque no el único, era la celebración de fiestas, tanto religiosas como civiles, de la historia conservadora. Esta historiografía es la que Jaime del Arenal (2003) denomina historiografía de la derecha católica mexicana, heredera de historiadores conservadores como Lucas Alamán, Niceto Zamacois, Luis Gonzaga Cuevas y Francisco

⁷ El saludo sinarquista es un símbolo que se creó desde la fundación. El acto protocolario del saludo se efectuaba de la siguiente manera: El que presidía la reunión, junta, asamblea o mitin, se ponía de pie, en posición arrogante y gallarda. Ordenaba que todos los asistentes se pusieran de pie. Una vez en esta posición, extendía el brazo derecho hacia adelante para cruzarlo inmediatamente a la altura del mentón, con la mano dirigida hacia arriba. Otro tanto hacían los demás. En esta actitud, el jefe, con voz firme y clara, exclamará: ¡Sinarquistas, viva México! y a este grito respondía la asamblea con un ¡Viva! unánime. Era obligatorio que este saludo se hiciera al principio y al terminar cada reunión. Podía hacerse también en solemnidad especial, como, por ejemplo, en un homenaje a algún caído (<http://sinarquismo.tripod.com/historia.htm>).





de Paula Arrangoiz. El principal ideario de esta historiografía es defender a la iglesia de los masones y de otros enemigos, utilizando a la historia como un arma de defensa de los principios cristianos. Se reivindica el hispanismo y se ataca la revolución y la cultura anglosajona estadounidense como causa de todos los males entre otros aspectos.

De esta forma, se celebraba el día de la bandera o el 12 de octubre, como ocurrió en Ciudad Hidalgo en el año de 1940. En esa fecha, relata el periódico *El Sinarquista*, se llevó a cabo un magnífico desfile que presenció Salvador Abascal. Acudieron a la celebración 3 500 hombres. En la misma fecha se celebró el Día de la Raza en Ario de Rosales, en donde se reunieron 8 000 sinarquistas, conjuntamente con los de Pátzcuaro (Escamilla, 1985).

Esta costumbre de celebrar las fiestas cívicas alternas al discurso revolucionario muestra la naturaleza conservadora y antirrevolucionaria de la UNS. Se celebraba la hispanidad con el 12 de octubre; y a Iturbide, a Lucas Alamán, a Miramón, el 27 de septiembre y no el 16, como aniversario de la independencia de Méjico (con J española y no X), etcétera.

La UNS, o lo que queda de ella, sigue celebrando en pleno siglo XXI a estos “sus héroes”, aunque ya no con las ingentes cantidades de simpatizantes. Un ejemplo de esta pervivencia de la historia alternativa sinarquista conservadora la encontramos en el desplegado que se hizo en la página oficial del sinarquismo, en la que invitaban a todo el público a celebrar el 27 de septiembre de 2009 el 188 aniversario de la consumación de la independencia, con un acto cívico en honor a Iturbide y una misa por el descanso de su alma (http://www.sinarquismo.org.mx/index.php?file_name=home.php).

En general, el sinarquista era una especie de soldado cristiano dispuesto a defender su fe mediante la movilización. Estaba dispuesto a luchar contra el gobierno “ateo” y secularizado que ponía en riesgo su fe, que era todo lo que él era y tenía. Despojado de los bienes materiales, buscaba no llegar a ellos negando su fe, por la cual sus ancestros habían peleado durante casi un siglo. En razón de esto, el sinarquista, azuzado o no por sus líderes, tenía una sola convicción en su mente: defender a la iglesia y no permitir espacio ninguno al ateísmo y todas sus implicaciones.

Ideología del sinarquista

En unas cuantas palabras podríamos resumir el objetivo general de la UNS (y con ello entender el ideario sinarquista): instaurar el orden social cristiano, en donde la iglesia y los valores religiosos fueran los principales agentes en el modelo político





del gobierno mexicano. Este modelo de Estado agustiniano era inflexible y debía ser establecido a la brevedad posible. Para lograr este objetivo, al sinarquista le correspondía entender con nitidez cuáles eran los medios y cuáles los adversarios para lograr sus aspiraciones. Para alcanzar este fin, los secretarios de propaganda de los distintos comités, según Serrano, dividieron sus actividades en propaganda de orientación, combate, conquista y dirección (Serrano, 1992). Para fines de este apartado, nos interesa hablar de las dos primeras actividades. Al estudiar la propaganda de orientación y la de combate, se pretende analizar tanto los medios como los obstáculos a que se veían sometidos los objetivos de la UNS.

Propaganda de orientación: ideario y postulados

Para entender el ideario y los postulados del sinarquismo, no se debe olvidar que su principal artífice fue Salvador Abascal. Serrano menciona que Abascal hizo la estructura y la identidad del sinarquismo, ya que formuló su organigrama jerárquico vertical, formuló las reglas internas, las formas de movilizarse, el proyecto de orden social cristiano sinárquico, el culto a los jefes, a la bandera, la celebración del Día de la Raza, el martirologio, la simbología, la disciplina de acción y la definición de los adversarios doctrinales (González, 2002; Serrano, 1992).

La inspiración de estos postulados, señala Serrano, eran producto de la admiración que Abascal sentía por la ideología y la organización jerárquica militar de los alemanes hitlerianos, los fascistas italianos y los falangistas españoles, aunque no estaba de acuerdo con la violencia y el exterminio de los no cristianos (Serrano, 1992).

La fisonomía orgánica de la UNS emulaba en muchos aspectos a la organicidad nazi y al fascismo tales como: el nacionalismo, la obediencia plena e incuestionable a los líderes, el gobierno autoritario, disciplina y fe ciega en unos principios básicos e ideología inflexible. Sin embargo, la enorme diferencia que hace que los nazis y los sinarquistas no tuvieran parangón, es la manera de acceder a sus fines: mientras que el nazismo apelaba a las armas, al racismo y al exterminio, los sinarquistas buscaban obtener sus fines por la vía pacífica.

Básicamente lo que buscaba el gran ideólogo del sinarquismo era “arrojar al pueblo en brazos de la iglesia”, ya que el “ser” de México era el catolicismo. Una vez que el catolicismo volviera a internarse en el interior del pueblo se podría inaugurar “el reinado de Cristo y de María” en los palacios de gobierno, en las leyes y en las escuelas oficiales. Más adelante señala que lo movía su amor, primero por la iglesia, y después por la patria (Abascal, 1980).





Conducta del sinarquista

Entrar a la UNS era como entrar en un grupo religioso: el sinarquista debía adoptar un nuevo estilo de vida. En las “normas de conducta para los sinarquistas” se pedían diversas clases de valores, tales como estoicismo, serenidad, desinterés por los bienes materiales, autocontrol, rectitud moral, cooperación, obediencia a los jefes, esperanza, confianza y fe en Dios. Este cúmulo de valores era constantemente custodiado y promovido en las asambleas y movilizaciones. El sinarquista estaba llamado a ser ejemplo de vida ante la sociedad para cooperar con la transformación de la patria. En la cuarta norma de conducta, por ejemplo, se pedía: “Cúrate de todas tus pasiones si de veras quieres que México se salve” (UNS, 1953, s/p).

Las medidas tomadas por las autoridades de los comités para hacer cumplir las normas rayaban en el puritanismo. Así, por ejemplo, comenta don Trinidad González Sánchez, hijo de Guadalupe González Muñoz, un sinarquista de la década de 1950 que pertenecía al subcomité de Huajúmbaro, Michoacán, que cuando se organizaban fiestas en las “sinarquizadas”, los militantes podían bailar solamente “hombre con hombre y mujer con mujer para evitar el contacto físico y despertar los bajos instintos” (González, 2010).

Las mujeres sinarquistas también tenían su propio código legal por medio del cual se normaba su conducta. Entre lo más sobresaliente de sus valores estaba el ser nacionalistas a tal grado que se ponía a la patria por encima del marido y de los hijos. La mujer sinarquista debía adoptar un papel pasivo desde el que debía arreglar al marido al combate y a la defensa de la fe. Sus principales funciones estaban en las actividades del hogar, pues no se les permitía ejercer tareas varoniles, tales como la injerencia en el espacio público; además, tenía la delicada encomienda de inculcar en sus hijos desde niños el amor por la patria, la religión y el sinarquismo (UNS, 1953).

En las “normas de conducta para la mujer sinarquista” se le pedía total abnegación en las tareas que se le encomendaran y aceptarlas con alegría. Doña Adelina Boyzo comentaba que sus tareas durante las asambleas rurales empezaban desde un día antes con la preparación del “nixtamal”. Al día siguiente, debía levantarse a las cuatro de la mañana para “moler a mano el nixtamal y poder hacer las tortillas con las que alimentaría a todos los miembros reunidos en su casa. En sus actividades la auxiliaba otra mujer sinarquista, Epifanía González (Flores, 2010).

Laura Pérez Rosales, en su artículo sobre mujeres sinarquistas, señala que aunque en los estatutos la mujer tenía una función secundaria, en la práctica aparecían como nuevas “adelitas” que hicieron oír su voz y estuvieron al frente de cursos de





alfabetización, dirigieron manifestaciones en contra del gobierno, enseñaron el trabajo del campo y, sobre todo, fueron la base de la educación familiar (Pérez, 1992).

Al respecto, Roxana Rodríguez señala también que el hecho de pertenecer a este movimiento les sirvió a muchas mujeres para salir del espacio privado e incursionar en el ámbito público de sus comunidades (Rodríguez, 2013). Doña Adelina Boyzo, por ejemplo, como mujer sinarquista, no sólo incursionó en las labores propias del hogar, sino que también fue maestra de educación básica católica y preparaba festivales entre sus alumnos, que incluían sainetes con mensajes cristianos o de protesta contra la corrupción del gobierno, y que mostraban el estado deplorable en el que vivían los campesinos (Boyzo 2008).

Roxana Rodríguez señala que, pese a las imposiciones por parte de los hombres sinarquistas, las mujeres poco a poco fueron adoptando un papel protagónico en la organización. Las sinarquistas vieron en la UNS un camino para salir del espacio privado y emprender diversas luchas como el derecho al sufragio universal y la participación política de las mujeres. El sinarquismo fue el marco perfecto para que las militantes mujeres tuvieran participación en la vida social y política del país dentro de un marco legitimado (Rodríguez, 2011b).

Nacionalismo

El nacionalismo de los sinarquistas era parecido al que abogaba Lucas Alamán en el siglo XIX y que fue transmitido por la historiografía conservadora. Era un nacionalismo que vinculaba lengua, raza, geografía, historia, creencias espirituales y religiosas, entendidas como punto de identidad comunes (Arenal, 2003). Para los sinarquistas, que adoptaron ideológicamente esta tradición historiográfica, la unidad nacional estaba en la religión católica. Ser mexicano era ser católico, y el ser católico era la esencia de la mexicanidad. El nacionalismo era parte esencial del sinarquismo, pues dentro de sus ideales estaban: patria, justicia y libertad.

El nacionalismo era un elemento esencial de la UNS, ya que en cada uno de los actos y reuniones de los mismos se daba especial relevancia a la patria, a la bandera, al ejército y a la religión. Los sinarquistas exaltaban el sacrificio, la no violencia, la pobreza y el ascetismo, y proponían “salvar” a México. Algunas de sus consignas iluminan lo comentado: “Ni banderas sin historia, ni himnos ajenos, ni signos extraños. México tiene sus propios símbolos y quien los cambia es un traidor a la nacionalidad”; o: “la patria no es un mito creado por una clase, es una realidad física, sentimental y humana. El sinarquismo combatirá a quienes nieguen su existencia” (Meyer, 2003).





Las características del nacionalismo sinarquista guardaban, además, especial relación con el hispanismo o panhispanismo, y defendía la guarda de los valores de “la madre patria”, valores que eran parte integrante de la cultura mexicana.

El hispanismo sinarquista era radical, pues ponderaba el regreso al antiguo régimen eclesiástico-feudal y, quizás, a la antigua hegemonía española, de ahí que se haya utilizado esto para promover la causa de Franco como cruzada en contra del izquierdismo (Hernández, 2004).

Cuestión agraria y propiedad de la tierra

Una de las principales luchas del movimiento sinarquista era contra la política agraria cardenista del reparto de la tierra y la formación de ejidos colectivos. En el segundo punto del Pentálogo sinarquista, la UNS se declaraba defensora de la propiedad privada y se oponía a lo que ellos llamaban “un México colectivizado en el que los campesinos no eran dueños de sus tierras” (UNS, 1953). La propiedad privada, o como el sinarquismo la llamaba, “completo derecho a la propiedad”, era el requisito para que el hombre “pudiera ser libre y disfrutar con tranquilidad y seguridad de los bienes necesarios para su subsistencia. Mientras la consigna comunista decía “que todos sean proletarios”, el sinarquismo señalaba “que todos sean propietarios” (UNS, 1953).

El reparto agrario cardenista, de acuerdo con Serrano, tuvo una serie de problemas tales como la lentitud en la entrega de la tierra, la falta de tierras abiertas al cultivo, la falta de créditos financieros para el cultivo, la desigualdad en el reparto, entre otros. Estos dilemas del reparto agrario provocaron muchos descontentos entre los grupos campesinos afectados o poco beneficiados con el reparto. Esta molestia fue aprovechada por la UNS para hacer proselitismo entre el campesinado, y así ganaron gran cantidad de adeptos.

Educación religiosa

En cuanto al tema de la educación, la UNS siempre se mostró contraria a la política educativa del Estado. Desde la promulgación de la *Constitución de 1917* se había promovido en el artículo 3º que “el criterio que orientará a dicha educación se mantendrá por completo ajeno a cualquier doctrina religiosa y, basado en los resultados del progreso científico, luchará contra la ignorancia y sus efectos, las servidumbres, los fanatismos y los prejuicios” (s/a, 1968). La educación promovida por el Estado debía ser laica y obligatoria. Esta ley, y más tarde la educación socialista





promovida durante el periodo de Lázaro Cárdenas, detonará el descontento de los grupos conservadores católicos, como el sinarquismo, pues desde su punto de vista, atentaba contra su objetivo principal de la instauración del orden cristiano. La educación, como uno de los instrumentos esenciales para la formación de las conciencias, fue una preocupación permanente en la agenda sinarquista.

Con el afán de contrarrestar el influjo que la educación laica y socialista podía tener en la descristianización de la sociedad, la UNS promovió la educación religiosa. Entre los postulados sobre la educación se decía que era inaplazable la reforma del artículo 3° para redactarlo en los términos que dictaba el derecho natural. Dicho derecho supuestamente apelaba a que la educación estuviera a cargo de los padres de familia, la iglesia y, en última instancia, al modelo de Estado propuesto por los sinarquistas. Los fundamentos sinarquistas exigían que la educación fuera religiosa y no laica, que se impartiera en el ámbito privado a partir de una escuela libre que fuera subsidiada por el gobierno, y que el Estado interviniera sólo en lo mínimo en esta área (UNS, 1953).

Para evitar que la educación socialista del gobierno cardenista se propagara en la sociedad, los sinarquistas intentaron boicotear las escuelas públicas con al menos dos métodos: 1) impedir que los hijos de los sinarquistas y los hijos de sus conocidos asistieran a las clases de las escuelas de gobierno, y 2) crear rumores y mitos en contra de la educación socialista, demonizándola.

En el caso del subcomité rural de la Mina, sufragáneo del comité municipal de Ciudad Hidalgo, nos cuenta Elia Flores, hija de sinarquistas, que no les permitían estudiar en las escuelas de gobierno porque dichos recintos eran “comunistas” y les inculcarían cosas que iban contra la religión. Para suplir la educación del gobierno se contrataban personas que tuvieran los rudimentos básicos para enseñar a leer, escribir y hacer cuentas. Este fue el caso de Adelina Boyzo, quien había estudiado en el internado de monjas capuchinas en Morelia debido a su orfandad, y había recibido la educación primaria católica antes de casarse. Adelina impartía clases en el rancho de la Mina de forma alterna a la escuela del gobierno, recibiendo el pago por sus servicios docentes de parte del jefe del subcomité sinarquista del lugar, con base en los donativos de los miembros sinarquistas. En las escuelas católicas rurales se enseñaban los rudimentos de español, matemáticas y algo de historia de México (Boyzo, 2008).

En el caso del rancho de la Mina, la escuela sinarquista sólo duró unos cinco años (en la década de 1950), donde más de la mitad de los niños del lugar acudieron a dicha escuela, ya que hubo también varias familias del lugar que no compartían los ideales radicales de los sinarquistas y llevaban a sus hijos a la escuela pública.





Con el paso del tiempo, los propios sinarquistas se dieron cuenta de que la educación pública no representaba amenazas directas a sus convicciones y optaron por enviar a sus hijos a la escuela pública, ya que ofrecía las ventajas de ser gratuita (González, comunicación personal, 21 de octubre de 2014). Por lo tanto, la reforma educativa de Lázaro Cárdenas terminó por prosperar en zonas rurales como la mencionada.

Pero mientras duró la escuela sinarquista se propagó una serie de rumores y mitos para impedir que los hijos de los sinarquistas y otras personas fueran a las escuelas de gobierno. De los supuestos peligros que asediaban a los que acudieran a la escuela primaria del gobierno destaca el que decía que “los alumnos de la escuela pública eran reclutados por Fidel Castro y enviados a Cuba a vivir en el comunismo que los esclavizaba” (Flores, 2010). También entre los propios sinarquistas no quedaba claro el término de educación laica, y constantemente se le confundía con el de educación comunista. (González, 2014).

Propaganda de combate: adversarios y obstáculos

Como señalamos atrás, la ideología sinarquista fue construida en gran parte por Abascal. De la misma manera que fue erigiendo el ideario, también fue creando las “fobias” del sinarquismo. Un personaje como Abascal era tan entregado a sus convicciones que tal parece que no había medias tintas en su sentir y pensar. En su obra *Recuerdos...* deja claro testimonio de su recalcitrante personalidad, al decir que “después de mi amor a la iglesia y a la patria (lo) que más cultivo es mi odio a la leyes yankófilas, masónicas, anticatólicas y antimexicanas del pobre de Benito Juárez” (Abascal, 1980). La intransigencia de Abascal parece sacada del evangelio de Lucas (cap. 15) en el que Jesús declara; “el que no está conmigo está contra mí”, o de la más pura filosofía maniqueísta de tiempos de San Agustín, donde todo es bueno o es malo, no hay término medio.

Así, para Abascal, lo que no va a la par con su visión de catolicismo es adversario para él y, por tanto, para el sinarquismo. De acuerdo con esta lógica intransigente, el comunismo, la revolución mexicana y liberalismo capitalista protestante de Estados Unidos fueron vistos como los principales adversarios de la UNS.

Anticomunismo

El comunismo era visto como uno de los máximos antagonistas del sinarquismo. Como fenómeno que concebía a la sociedad a partir de la economía y que con-





sideraba a la religión como el “opio del pueblo”, el comunismo fue arduamente atacado por la UNS una y otra vez en los artículos de su periódico *El Sinarquista*. Ejemplo de ello lo tenemos en el artículo escrito por Juan Ignacio Padilla, en el que tildaba a la educación socialista y a las medidas hechas por el gobierno cardenista como antinacionalistas con las siguientes palabras: “[...] se han desatado en México las más violentas persecuciones religiosas, se ha impuesto en las escuelas mexicanas con tiranía intolerable primero el laicismo intolerable y luego el socialismo antinacional”. (Hernández, 2004, p. 332).

Las posturas anticomunistas llevaron al movimiento sinarquista a criticar de manera airada en el terreno internacional a la Unión Soviética, que era considerada como un peligro, tal y como se menciona en un artículo hecho en la prensa sinarquista en 1944, el cual decía: “[...] después de los últimos acontecimientos no puede menos que considerarse que Rusia constituye un peligro y una amenaza por lo menos iguales a los representados por Alemania” (Hernández, 2004, p. 325).

En el discurso pronunciado por el jefe nacional de la UNS, Luis Martínez Narezo señalaba que el comunismo, junto con el capitalismo, eran enemigos irreconciliables del movimiento. Martínez Narezo culpa a las políticas comunistas de la caída de muchos miembros sinarquistas y de haber dejado en la ruina material a muchos de sus mejores hombres. El comunismo tenía postrada a Europa y se hacía necesario salvar a América de ese peligro (www.sinarquismo.org.mx/index.php?file_name=home.php).

El comunismo, más que una amenaza real, era una construcción hecha por la doctrina sinarquista de Abascal, heredada de los temores de Pío XIX y de León XIII. Entre los sinarquistas había una sensación de omnipresencia del comunismo. El comunismo estaba en el mismo Benito Juárez, en la secularización de la sociedad, en las políticas agrarias cardenistas de colectivización de la tierra, en el ateísmo de los políticos y científicos de la época, etcétera. El mayor temor al comunismo era que, supuestamente, pretendía instaurar un nuevo orden social sin dios y sin religión, basado únicamente en el materialismo, la economía y la lucha de clases.

Antirrevolución

El cariz antirrevolucionario de la UNS emana desde la fundación de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa. La revolución había creado un clima adverso a la iglesia y sus valores, ya que se había limitado su acción, más aún cuando el Estado se inmiscuyó en los asuntos de la iglesia y vetó al clero político





que conspiraba contra la revolución. Estos dilemas generaron una serie de conflictos armados como la guerra cristera. Los “arreglos de 1929” en los que se suspendían pero no se derogaban las leyes contrarias a la iglesia, no se cumplieron del todo, ya que en el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas se buscó crear un Estado autoritario con políticas laicas y de cariz socializante.

El método de acción de la UNS para atacar a la revolución era desacreditar sus logros haciendo evidente el fracaso que tuvo en diversas cuestiones, sobre todo agrarias.

El sinarquista, por lo general, se encontraba imbuido en el odio, ira e indignación ante lo que olera a revolucionario, por le hacía constantes cuestionamientos, tales como: ¿Qué había logrado la revolución? ¿Ha establecido la democracia? ¿Ha implementado reformas sociales que favorezcan la distribución de la riqueza entre los mexicanos? ¿Ha mantenido la paz y el desarrollo propicio para el progreso económico? (Hernández, 2004).

Casi tres lustros después de la fundación de la UNS, mientras se celebraba su XIV aniversario, el jefe nacional, Luis Martínez Narezo, remarcaba la deplorable situación agraria mexicana, producto de los gobiernos revolucionarios que no habían hecho nada por aliviar la situación lamentable de los campesinos. Al respecto, se cuestionaban las razones por las que aún no se habían hecho realidad los ideales de Zapata de dar la tierra a quien la trabaja. Martínez Narezo concluía diciendo que mientras México siguiera siendo el botín de unos cuantos seudorrevolucionarios, el sinarquismo permanecería en el campo cívico y político mexicano (www.sinarquismo.org.mx/index.php?file_name=home.php).

Al fin de cuentas, y de acuerdo con la visión de los sinarquistas, la revolución no había erradicado los principales problemas de México como la injusticia, el analfabetismo y la miseria. Peor aún, la revolución había destruido los vestigios del orden colonial pero sin construir otro mejor. En pocas palabras, la revolución no había causado mejora en la vida del mexicano, y sí graves conflictos de todo tipo.

Antiyanquismo

El nacionalismo sinarquista iba aunado a una profunda fobia hacia los Estados Unidos. Los líderes sinarquistas recordaban a sus partidarios las afrentas de Estados Unidos a México desde la invasión y la pérdida del territorio en el siglo XIX, hasta las políticas racistas que se tenían contra los negros y contra los mexicanos emigrantes (UNS, 1958). Sobre esto último, se denunciaba en los programas “braceros” el trato vil y los sueldos de miseria que percibían los mexicanos en Estados Unidos.





Sin embargo, la mayor razón del “antiyanquismo” estaba en el terreno de lo ideológico, ya que lo que más se temía de los Estados Unidos era su liberalismo —que confinaba a la iglesia y la religión al rincón de lo privado— y la entrada de los grupos protestantes —que pretendían destruir la unidad católica mexicana y sus valores—. Y es que en el liberalismo y el protestantismo, los sinarquistas miraban una actitud “agresiva de la política estadounidense” tendiente a minar la unidad nacional. En realidad, el protestantismo era una amenaza ficticia en algunos casos, como el del municipio de Ciudad Hidalgo, Michoacán. En 1940, los grupos protestantes conformaban una minoría de alrededor 600 individuos, lo que representaba apenas 3% de la población total.⁸

Los sinarquistas, sobre todo en el periodo de Salvador Abascal, se proclamaban antipanamericanistas y miraban la injerencia de los estadounidenses como intentos de imperialismo y dominación. De esto nos dan noticia las palabras de un artículo del periódico *El Sinarquista*: “Somos radical y resueltamente mexicanos [...] repudiamos por indigna esa mentalidad colonial que no concibe a México sino como un país satélite, destinado a girar enteramente en una órbita subalterna, oscura y miserable” (Meyer, 2003, p. 173). Esta actitud “antiyanqui” declinará poco después de la salida de Abascal de la dirigencia del sinarquismo y la llegada de Manuel Torres Bueno, pero también tendrá mucho que ver con la entrada de Estados Unidos a la segunda guerra mundial.

Conclusiones

Para entender el origen de la UNS debemos verlo en doble perspectiva. La primera de ella es la del contexto de la iglesia católica romana, de donde los grupos de acción católica y su ideología surgen animados por las palabras de tres encíclicas: *Rerum Novarum* (1891), *Quadragesimo Anno* (1931) y *Divini Redemptoris* (1937). La segunda perspectiva para entender el nacimiento del sinarquismo está en el contexto mexicano donde los católicos, y detrás de ellos (aunque de forma velada) la jerarquía, impulsaron grupos de resistencia contra las transformaciones de la posrevolución que buscaba la laicización de la sociedad y la subordinación plena de la iglesia y la religión al Estado y lo civil.

La organización de la UNS emuló en gran parte a los grupos nazistas y fascistas en cuanto a su espíritu de disciplina y orden, y porque fue concebida como una institución piramidal y segmentada.

⁸ De los 33 600 habitantes del municipio de Ciudad Hidalgo, 32 820 eran católicos y 640 eran protestantes; además, había ocho israelitas y 132 ateos (http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1940/yuc/EUM6CPMICH401.pdf).





Gran parte del éxito de esta organización —al menos en sus primeros años— se debió a la obediencia incondicional a los jefes y a la certeza milenarista de que el movimiento de la UNS representaba una alternativa que inauguraría el reinado de Dios en la tierra por medio de la iglesia. Con base en estas convicciones, los sinarquistas trataban de predicar con su conducta la instauración de los valores cristianos en la sociedad.

Dos eran las posturas que debía tomar el sinarquista: la primera, un amor profundo, sincero y radical (hasta la muerte) por la religión católica y su propagación en el mundo; la segunda, un odio igual de sincero profundo y radical por aquello que atentara contra el catolicismo (el comunismo, el liberalismo, la revolución mexicana, el protestantismo yanqui, etcétera). Estas dos posturas extremas llevaban al sinarquista a ver a la patria y a la historia de forma maniqueísta al estilo de San Agustín; no había ni un ápice de transigencia. El diálogo teóricamente era imposible y la tolerancia no era un valor que figurara en la ideología del sinarquista.

Finalmente, la organización e ideología del sinarquista nos ha mostrado al menos tres aspectos dignos de reflexión: 1) los contrastes y la polarización de la sociedad mexicana de ese entonces; 2) la iglesia presente en los movimientos sociales de católicos con los objetivos de siempre pero con nuevos métodos, y 3) el sinarquismo como último gran movimiento masivo de católicos con fines políticos.

En cuanto al primer aspecto, el sinarquismo de los primeros años demostró la heterogeneidad social del México posrevolucionario. Si bien Lázaro Cárdenas mostró una sensibilidad especial por los grupos marginados, su agenda y proyectos chocaron con los ideales de los grupos conservadores católicos que en la UNS habían encontrado su base social.

El sinarquismo, como movimiento social masivo, dejó claras huellas de que la construcción de nación, pretendida desde principios de la independencia de México, aún no se concluía, pues las imposiciones del Estado y la intransigencia de la iglesia seguían provocando la polarización social y la lucha entre facciones. El antagonismo entre los ideales de la revolución y los del sinarquismo continuaron siendo el reflejo de las luchas decimonónicas entre liberales y conservadores o entre el Estado y la iglesia.

Con la UNS, estas pugnas entre el Estado y la iglesia continuaron, pero adquirieron nuevos matices. La iglesia fiel a su doctrina y a sus intereses, y se mostró inamovible en su objetivo: permanecer como una fuerza político-social autónoma y con el monopolio de las conciencias de los mexicanos. Para lograrlo aprendió que el uso de las armas era muy poco redituable (guerra religionera, cristiada, etcétera), por tanto, adoptó la movilización política de sus miembros al estilo de León XIII. El sinarquismo es un ejemplo de estas nuevas estrategias.





La institución eclesiástica también aprendió a arengar a sus bases sociales sin comprometerse directamente para no salir lastimada, y porque prefería que sus grupos y organizaciones le hicieran el trabajo entre las bases. El caso específico está en la guerra cristera, donde la jerarquía eclesiástica, al ver las funestas consecuencias, se deslindó de los grupos cristeros y los dejó a su suerte con los “arreglos del 29”. En el caso del sinarquismo también vemos a una jerarquía que apoya tras bambalinas, pero sin mostrarse directamente contraria al Estado.

Como tercer y último aspecto queda por señalar que el sinarquismo es, si no el primero, sí el último gran movimiento político católico. Por las cifras mencionadas, se ve cómo la UNS tuvo magnitudes incomparables con movimientos católicos posteriores. Con el sinarquismo, la iglesia aprovechó el descontento popular contra el gobierno y la fe católica de los estratos bajos para aglutinar a grandes masas, pero al igual que en la guerra cristera, nuevamente sin comprometerse directamente.

Referencias

- Abascal, S. (1980). *Mis recuerdos. Sinarquismo y colonia María Auxiliadora*. México: Editorial Tradición.
- Blancarte, R. (1992). *Historia de la iglesia en México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boyzo, A. (2008, 24 de febrero). Comunicación personal.
- Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos: En vigor desde el 1 de mayo de 1917, con reformas y adiciones al 1 de enero de 1968*, México: Olimpo.
- Del Arenal, J. (2003). La otra historia. La historiografía conservadora. En C. Hernández (coord.), *Tendencias y corrientes de la historiografía mexicana del siglo XX* (pp. 63-90). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Escamilla, R. J. (1985). *El sinarquismo en Michoacán* (tesis de licenciatura). Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Flores B., E. (2010, 10 de febrero). Comunicación personal.
- Gill, M. (1962). *Sinarquismo. Su origen, su esencia, su misión*. México: Logos.
- González Ruiz, E. (2002). *Los Abascal. Conservadores a ultranza*. México: Grijalbo.
- González Sánchez, T. (2010, 4 de febrero). Comunicación personal.
- González Sánchez, T. (2014, 28 de octubre). Comunicación personal.
- Hernández García de León, H. (2004). *Historia política del sinarquismo 1934-1944*. México: Porrúa-Universidad Iberoamericana.





- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). *Estados Unidos Mexicanos, 6° Censo de Población 1940. Michoacán. Secretaría de la Economía Nacional. Dirección General de Estadística, 1943.* Consultado el 29 de octubre de 2014, de: http://www.inegi.org.mx/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/censos/poblacion/1940/yuc/EUM6CPMICH40I.pdf.
- La Santa Sede. *Carta Encíclica Rerum Novarum del Sumo Pontífice León XIII sobre la situación de los obreros.* Consultado el 29 de octubre de 2014, en http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html
- Martínez A., C. (1995). *A Dios lo que es de Dios.* México: Aguilar.
- Medina Ruiz, F. (1960). *Calles. Un destino melancólico.* México: Jus.
- Meyer, J. (1979). *El sinarquismo: ¿un facismo mexicano? 1937-1947.* México: Joaquín Mortiz.
- Meyer, J. (1989). *Historia de los cristianos en América Latina, Siglos XIX y XX.* México: Editorial Vuelta.
- Meyer, J. (1991). *La revolución mexicana.* México: Jus.
- Meyer, J. (2003). *El sinarquismo, el cardenismo y la iglesia.* México: Tusquets.
- Moctezuma, A. (1960). *El conflicto religioso de 1926.* México: Jus.
- Ortoll, S. (1990). Las legiones, la Base y el sinarquismo. En R. Morán Quiroz (comp.), *La política y el cielo. Movimientos religiosos en el México contemporáneo* (pp. 73-118). Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Pérez Rosales, L. (1992). Las mujeres sinarquistas: Nuevas Adelitas en la vida política mexicana (1945-1948). En R. Aguilar y G. Zermeño (coords./comps.), *Religión, política y sociedad. El sinarquismo y la iglesia en México (nueve ensayos)* (pp. 169-194), México: Universidad Iberoamericana.
- Pirenne, J. (1972). *Historia universal. La segunda guerra mundial* (t. XVII). Barcelona: Editorial Éxito.
- Ríos Galindo, R. (2003). *El movimiento cristero en el Distrito de Uruapan (1926-1929)* (tesis de licenciatura). Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Rodríguez Bravo, R. (2013). El sufragio femenino desde la perspectiva sinarquista-católica (1945-1958). *Letras Históricas*, 8, 159-184.
- Rodríguez Bravo, R. (2011a). *Mujeres sinarquistas en México. Historia de una militancia católica femenina (1937-1948)* (tesis de doctorado). Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Rodríguez Bravo, R. (2011b). *Mujeres sinarquistas en Michoacán (1937-1948). Estudios Michoacanos, XIV.*





Serrano Álvarez, P. (1992). *La batalla del espíritu. El movimiento sinarquista en el bajío*. México: Conaculta.

Unión Nacional Sinarquista (UNS). (1953). *El Sinarquismo*. México: Autor.

Unión Nacional Sinarquista (UNS). (1958). *Estatutos*. México: Editorial Jus.

Unión Nacional Sinarquista (UNS). *XIV Aniversario. Discursos*. Consultado el 12 de marzo de 2011, en www.sinarquismo.org.mx/index.php?file_name=home.php.

Unión Nacional Sinarquista (UNS). *Breve historia de la Unión Nacional Sinarquista*. Consultado el 25 de octubre de 2014, en <http://sinarquismo.tripod.com/historia.htm>.

Zermeño, G. y Aguilar, R. (1988). *Hacia una reinterpretación del sinarquismo actual*. México: Universidad Iberoamericana.

